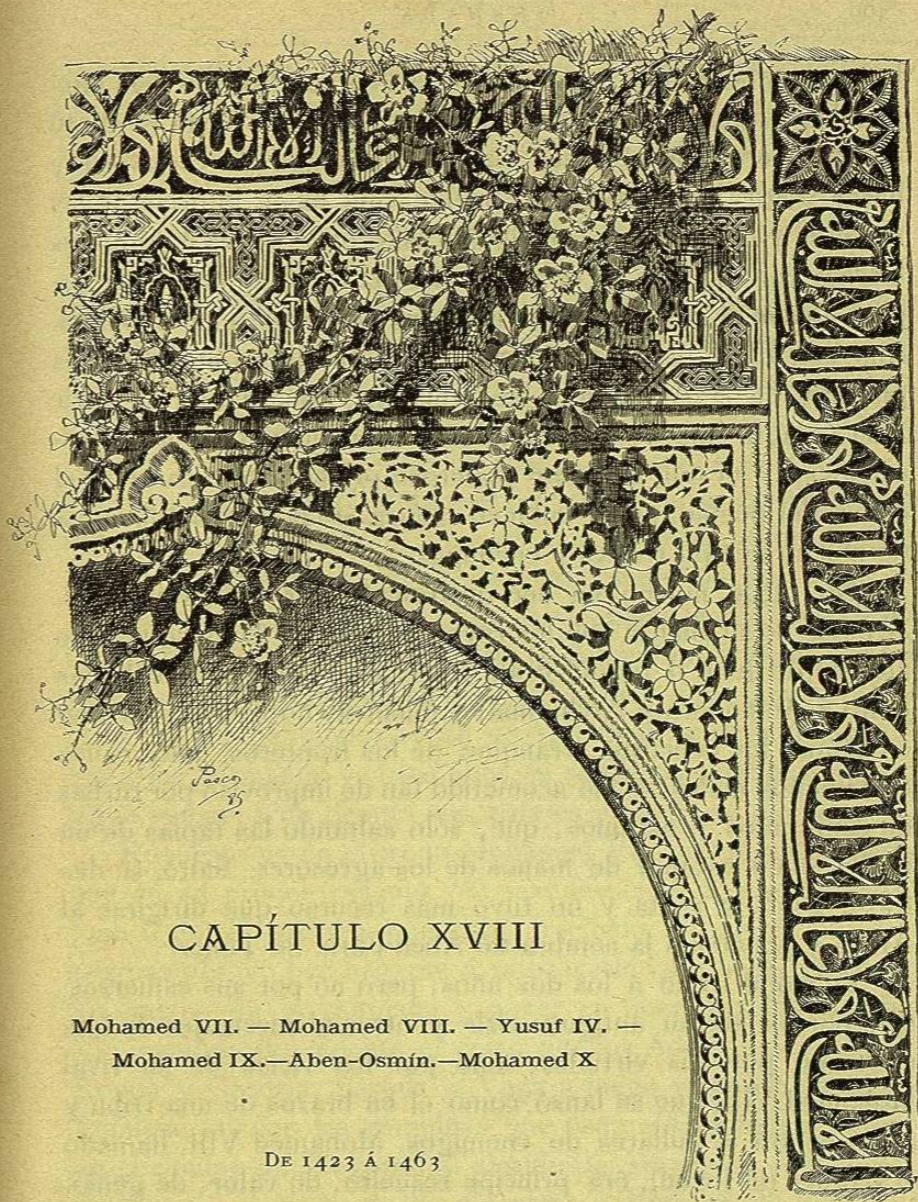


BIBLIOTECA



CAPÍTULO XVIII

Mohamed VII. — Mohamed VIII. — Yusuf IV. —
Mohamed IX. — Aben-Osmín. — Mohamed X

DE 1423 Á 1463

SUCEDIÓ á Yusuf III su hijo Mohamed VII, conocido en la historia con el sobrenombre de el Izquierdo, ya por ser zurdo, ya por la siniestra fortuna que le acompañó en la paz como en la guerra. Reunía este príncipe muchas cualidades que

le hacían aborrecible: era colérico, altivo con los que más interesados estaban en sostener su trono, déspota hasta el punto de no querer oír ni á sus walíes, tan amigo de esclavizar y hacer sentir la esclavitud al pueblo, que hasta le privó de las zambras y torneos que contribuían bajo otros reyes á dorar los hierros con que se le oprimía. Amaba como su padre la paz; pero no con el fin de procurar mayores beneficios á sus súbditos, sino con el de poder reinar más á su antojo en medio de los placeres de la Alhambra. No tenía más amigo que su wizar Abu-Zeragh, uno de los caballeros más ilustres de los abencerrajes; y ni aun con este poderoso privado supo cautivar el ánimo del pueblo, antes sublevó contra sí las demás tribus, ya de mucho tiempo rivales y enemigas.

No tardó mucho en ser destronado por los granadinos. Á pesar de su alianza con los reyes de África y las treguas que alcanzó de Juan II perdió gran número de gente y de caballos junto á Antequera y Archidona; y mientras no se ocupaba sino en calmar los belicosos arranques de los fronteros, única causa de tamaños males, se vió acometido tan de improviso por turbas de conjurados y asesinos, que, sólo saltando las tapias de un jardín, pudo escapar de manos de los agresores. Saltó, se disfrazó, ganó la costa y no tuvo más recurso que dirigirse al África y ponerse á la sombra de Aben-Farix de Túnez.

Volvió al trono á los dos años; pero no por sus esfuerzos, sino por los de su antiguo wizar y otros abencerrajes de alta cuna; no por sus virtudes, sino por los vicios de su rival Mohamed VIII, que se lanzó como él en brazos de una tribu y armó contra sí millares de enemigos. Mohamed VIII, llamado el Zaguer (el Joven), era príncipe resuelto, de valor, de genio; pero encumbrado por una revolución temía sucumbir ante otra, y no sabía encontrar término entre la tiranía y la lisonja. Deseoso de granjearse el afecto de las turbas, mandó por de pronto celebrar su triunfo con zambras, justas y torneos: bajó, á fin de entusiasmar al pueblo, á la estacada; y apenas perdió ocasión

en mucho tiempo de lucir al par de los demás caballeros su destreza en revolver el potro y manejar la lanza. Procuró halagar las tribus vencedoras convidándolas á danzas y banquetes, distribuyéndoles joyas, distinguiéndolas con bellos rasgos de amistad y grandes cargos; pero no supo hacer suyos á Abu-Zeragh y á su familia, condenada todos los días á devorar en secreto un nuevo ultraje, y provocó al fin una rebelión en que salió vencido. Cansado Abu-Zeragh de tanto sufrimiento, sale una noche de Granada con quinientos caballeros, pasa á Lorca, vuela á Castilla, de Castilla á Túnez, de Túnez á Orán, de Orán á Vera, y con ayuda de Juan II empieza á proclamar de nuevo al destronado Mohamed, á quien lleva en su mismo campamento. Sabedor á poco de que el hermano del Zaguer que se dirigía contra él se ve abandonado por los suyos, se adelanta á Guadix. Corre luégo á Granada, entra, sitia desde la Alcazaba al rey, que está en la Alhambra, y logra que los mismos cercados le entreguen al Zaguer y su familia. Hace matar al usurpador por orden de Mohamed; manda que sepulten á los hermanos y á los hijos en sombríos calabozos, y consigue vengar á un tiempo sus ultrajes y los de su monarca.

Repuesto ya en el trono Mohamed VII, no fué más dichoso que en su primer reinado. Al manifestar su agradecimiento á Juan II por el socorro que había recibido, le pidió la paz, y ni treguas obtuvo por negarse á satisfacerle las parias vencidas y los gastos de la campaña y poner en libertad á los cautivos. Vió invadido de repente el reino por los Adelantados de Jaén, Ronda y Cazorla, pasada la Vega á fuego y sangre, saqueada Igualaja, taladas las campiñas que baña el Guadalhorce. Mató en el camino de Riogordo al alcaide de Antequera, y humilló y deshizo en el Vado de las Carretas á Rodrigo de Perea y al alcaide de Quesada; mas perdió en cambio un escuadrón de abencerrajes y allá en la frontera de Cazorla el castillo de Jimena, asaltado una noche por García de Herrera entre aláridos de cólera, estrépito de armas y cornetas y el espantoso bramido

del trueno y la tormenta. No paró aquí su desventura. Acometido hacia Alhendín y Alcalá la Real por cincuenta mil infantes y tres mil caballos que acaudillaba el condestable D. Alvaro de Luna, no acertó siquiera á detener la marcha asoladora de tan grande ejército; y tuvo que contemplar impasible desde sus torres de Granada la terrible tala de los campos de Illora, el orgulloso avance del enemigo por las riberas del Genil y el Darro, el incendio de los cármenes de Aynadamar y el Soto, el ataque de Tajarja, cuyos soldados se atrevieron á resistir á un guerrero que acababa de enviarle un cartel de desafío. Los vió retirar en buen orden devastando lo que se les ofrecía al paso; supo que estaban talando las huertas de Loja, entregando á las llamas el Salar, destruyendo las atalayas y molinos de los alrededores de Archidona; recibió noticia de que acababa de sublevarse contra el condestable toda la infantería que llevaba; pero nada hizo ni para castigo de los invasores, ni para prevenir la tormenta que estaba fraguando en Córdoba el poder de Juan II y amenazaba sumergir en ignominia y sangre el trono de Granada. Parecía que la fatalidad le tenía atadas las manos: preparábase en tanto en el seno mismo de su corte otra conjuración que había de complicar de lamentable manera la situación del reino.

Yusuf-Ebn-el-Ahmar, descendiente de Aben-Hud y nazarita, empezó á pretender el trono confiando en su propio valor y el de los mejores caballeros de su tribu. Conspiró largo tiempo aguardando ocasión de levantar abiertamente sus pendones, creyó llegada la hora al saber que iba á pasar la frontera Juan II, salió de Granada, mandó de embajador de Córdoba á Venegas, ofreció su brazo y dió ochocientos jinetes por el apoyo de Castilla, y, ya obtenido, se unió con el rey cristiano. Animó con esto á D. Juan, y no tardaron en cubrir la Vega cristianos y muzlimes, enemigos todos de Mohamed el Zurdo.

Mohamed, al considerar el peligro en que estaban su trono y el reino, llamó á la guerra á todo creyente, y se vió pronto

rodeado de numerosos escuadrones y tribus armadas de flechas y puñales que acababan de despeñarse de la sierra de Baza y las vertientes de la Alpujarra y Ronda; mas ¿qué había de poder contra todas las fuerzas de Castilla, contra un ejército de setenta mil infantes y diez mil caballos, en que figuraban un Alvaro de Luna, un Suero de Quiñones, un Diego Ponce de León, un Venegas, un Yusuf-Ebn-el-Ahmar que llevaba consigo la flor de la caballería musulmana? Fué el primero en romper el fuego, aventurándose primero en escaramuzas sangrientas, y obligando luégo al ejército castellano á empeñar una batalla decisiva; pero le sirvió de poco su valor y el desesperado arrojo de algunas de sus tropas. Encarnizado, tremendo fué el combate: toda la Vega se estremeció al choque de las lanzas, al crujir de las armaduras, al relinchar de los caballos, al bárbaro alarido de los combatientes, al agudo gemir de los heridos. Derramóse la sangre á torrentes; combatióse al fin sobre un suelo de cadáveres, y no hubo por mucho tiempo quien abandonara su puesto sino con la vida!

Tuvieron que ceder los granadinos. Las mal armadas tribus de las cercanías quedaron arrolladas al primer embate; y los cerrados escuadrones de caballería, aunque llenos de heroísmo y destreza, vieron sucesivamente sobre sí tantos y tales enemigos, que acosados por todas partes y cansados de tan desigual pelea, no tuvieron más recurso que la fuga. Huyeron unos á Sierra Elvira, otros á la ciudad, y fué tal el ardimiento de don Alvaro, que llegó á perseguir á los últimos hasta las mismas puertas de Granada.

Afortunadamente los rencores que poco há estallaron en Castilla renacen en el campamento después de la victoria: temen D. Alvaro y D. Juan, y siendo vencedores no pueden menos de levantar el campo.

Respiró Mohamed; pero hasta la naturaleza pareció sublevarse contra tan desgraciado príncipe. Dió la tierra espantosos bramidos; tembló todo el suelo de Granada á impulso de vio-